

EXC. 27-V-88. P. 10
Buena Noticia en una Cadera de Malas

El Crédito Puente, Voto de EU

- ★ No Desean que la Inflación Excite el Disgusto Social
- ★ La Administración Estadunidense, en Apoyo de Salinas
- ★ Quieren Evitar Poner en Peligro el Equilibrio Político

LORENZO MEYER

NUEVA YORK, 26 de octubre.—Realmente no esperaba ver confirmada de manera tan rápida y contundente una afirmación que hice en este espacio hace un par de semanas. Casi me podría vanagloriar de lo acertado de mi análisis de no ser porque no se necesitaba gran ciencia para suponer que en la coyuntura actual, el "factor americano" habría de desempeñar un papel relativamente importante como puntal del gobierno que va a iniciar sus actividades el 1o. de diciembre.

El préstamo por 3,500 millones de dólares que le acaba de hacer el Departamento del Tesoro del gobierno norteamericano al mexicano en vísperas del cambio de poderes, es una confirmación rotunda, contundente, del papel central que hoy desempeña Estados Unidos en nuestro proceso político global. Como bien lo señaló en un artículo reciente el corresponsal del *New York Times* en México, Larry Rother, el préstamo no es otra cosa que "el voto de confianza de Washington a las promesas de modernización económica y política hechas por Carlos Salinas". Ese voto del gran vecino del norte vale, literalmente, oro.

EL CREDITO PUENTE

Sigue de la primera plana

La lógica del último préstamo es clara. Ante lo precario de la supuesta victoria priista del 6 de julio, es necesario mantener a como dé lugar la única buena nueva que hoy se puede dar al mexicano común —ese mexicano que en grandes números votó por Cuauhtémoc Cárdenas y, en menor medida, por Manuel J. Clouthier— desde las alturas del poder: la nueva de que la inflación con todos sus perversos efectos, está bajo control, y que al menos en este campo las promesas oficiales se hicieron realidad.

Ahora bien, no es indispensable ser un economista profesional para comprender que esa única buena noticia en una larga cadena de malas, tiene bases muy precarias, y una de ellas es la paridad cambiaria. Una devaluación motivada por la estrepitosa caída del precio internacional del petróleo —devaluación necesaria para no ver evaporarse nuestras reservas— aumentaría el precio en pesos de todas nuestras importaciones, lo que llevaría a un aumento generalizado de precios y no se podría mantener más el control de los salarios, con lo cual el Pacto de Solidaridad Económica sería remplazado, casi de inmediato, por otra ola inflacionaria y nos encontraríamos otra vez en 1987.

Antes del préstamo, los vistos especuladores de siempre ya habían empezado a apostar a una devaluación y la nueva ronda de fuga de capitales ya se había iniciado. Tal situación debió alarmar a Washington, que no desea que México se vea obligado a declarar una moratoria en su deuda externa, ni que la inflación haga más espeso el caldo de cultivo del disgusto social y del que se alimenta el cardenismo. Con la inflación se hará más difícil el proyecto de gobierno y sus apoyos internos y externos que se dividir y fatigar a la oposición de centro-izquierda con nuevas frustraciones electorales, como la de Veracruz.

El préstamo norteamericano mata varios pájaros de una pedrada. Por un lado, "premia" con 3,500 millones, que se añaden a nuestra deuda externa, que México siga enviando anualmente a la banca extranjera entre 8,000 y 9,000 millones de dólares por concepto de intereses de esa deuda. Por otro lado, envía una señal a todos los actores políticos que intervienen en el proceso político mexicano que la administración de Salinas contará con el pleno apoyo del gobierno norteamericano y que no se permitirá, al menos esta vez, que los especuladores pongan en peligro el delicado (¿precario?) equilibrio político que hoy existe en México. Como en 1982, el gobierno norteamericano le ayuda al mexicano a comprar tiempo para permitir que las políticas del neoliberalismo tecnocrático puestas en marcha hace seis años, den los buenos resultados que todos sus partidarios dicen que darán.

En un largo ensayo interpretativo publicado el año pasado en torno de la naturaleza de la relación entre México y Estados Unidos, el historiador británico ahora residente en Texas, Alan Knight, pone el acento en la notable coincidencia de los tiempos políticos entre México y Estados Unidos en el siglo XX. En efecto, poco después de iniciarse la Revolución Mexicana, en Estados Unidos asumió el poder Woodrow Wilson y con él, todo un grupo de reformistas. Cuando a partir de 1920 y bajo la dirección del grupo de Sonora el proceso mexicano entró en una fase conservadora, los republicanos en Estados Unidos volvieron al conservadurismo.

El keynesianismo de Roosevelt y su "Nuevo Trato" en los años treinta, coincidió con la incorporación definitiva de las masas al proceso político mexicano por la vía del populismo cardenista. La Guerra Fría en la que se embarcó Estados Unidos al final de los cuarenta embonó perfectamente con el desarrollismo alemánista.

Al concluir su ensayo, Knight se preguntaba si ahora, en los años ochenta, no se estaría entrando a un periodo en que los tiempos de los dos países no coincidieran por primera en el siglo XX.

Por lo que hoy podemos ver, la preocupación del historiador británico no tiene razón de ser: el antipopulismo delamadridista cuadró muy bien con el neoconservadurismo reaganiano y ahora George Bush y Carlos Salinas van a dar una solución de continuidad a las sucesiones presidenciales en sus respectivos países. Salvo situaciones imprevisibles hoy, la continuidad en los tiempos políticos de Estados Unidos y México va a mantenerse en el futuro.

★

Pero no es sólo el gobierno de Washington la única fuerza que desde Estados Unidos desea que la "familia revolucionaria" siga en el poder (en sentido estricto, los de ahora son los nietos de la familia original), sino varias otras. En realidad se puede hablar de la existencia de una especie de "coalición arcoiris" (para tomar prestado el término al reverendo Jesse Jackson) de norteamericanos pro Salinas. En realidad, el nuevo gobierno mexicano cuenta con una buena disposición norteamericana más amplia de la que nunca hubo en el pasado.

En efecto, es un hecho objetivo que tanto la derecha más furiosa como los académicos más liberales, pasando por los grandes bancos y las empresas con inversiones en México y los voceros del establishment norteamericano coinciden por ahora en señalar que el interés nacional de Estados Unidos requiere de que se dé un apoyo patente, real, al futuro gobierno de México independientemente de su legitimidad, pues las opciones no son muchas y cualesquiera de ellas es peor.

Casi coincidiendo con el último préstamo multimillonario del gobierno norteamericano al mexicano, apareció un desplegado de plana entera en los grandes diarios nacionales de Estados Unidos —el 7 de octubre en The Wall Street Journal y el 17 en el New York Times— firmado por un desconocido Comité para el Mejoramiento de las Relaciones México-Estados Unidos (C.M.R.M.E.U.). El desplegado en cuestión, que pretende ser un análisis de la coyuntura política actual, concluye con un increíble llamado

VOTO DE EU

apoye a Carlos Salinas como la única alternativa a la insurrección comunista que ha puesto en marcha Cuauhtémoc Cárdenas.

En general, la comunidad académica norteamericana especializada en México no toma en cuenta el tipo de análisis macartista como el del CMRMEU, pero a su manera, con fundamentaciones apoyadas en argumentos lógicos, llega a la misma conclusión: para Estados Unidos no hay alternativa a Carlos Salinas. No creo equivocarme si supongo que Wayne A. Cornelius, el director del Centro de Estudios México-Estados Unidos de la Universidad de California en San Diego, es uno de los mejores representantes de ese grupo de especialistas en asuntos mexicanos y cuya seriedad, ideología y tipo de análisis es el extremo opuesto del amarillismo del CMRMEU. De todas maneras, en sus recientes artículos sobre la actual coyuntura mexicana aparecidos en *Los Angeles Times*, el profesor Cornelius ha argumentado que el proyecto salinista, si se le da el tiempo y los recursos mínimos necesarios, constituye la mejor alternativa para que México pueda mantener su estabilidad y, a la vez, superar de manera definitiva su debilidad económica y su autoritarismo político.

★

Si volvemos los ojos a los espacios donde se expresan los grandes teóricos norteamericanos de las relaciones internacionales, entonces nos topamos, desde luego, con el artículo de Henry Kissinger en el *Washington Post* del 17 de agosto pasado. Ahí, el famoso profesor de Harvard y antiguo secretario de Estado, le señala a la élite del poder de su país, que la victoria electoral de Carlos Salinas fue lograda sin necesidad de recurrir a un fraude masivo (prudentemente, la afirmación del ex secretario deja abierta la posibilidad de que se haya echado mano de un fraude "modesto" pero necesario) y, lo que es más importante desde el punto de vista del interés nacional norteamericano, el gobierno que él va a presidir tiene la posibilidad real de ser el principio de una evolución política positiva hacia el pluralismo y la continuación de una necesaria transformación económica.

En virtud de lo anterior, el gran representante del realismo político aconseja que Estados Unidos dé su apoyo decidido al nuevo gobierno del vecino del sur. Otro ex funcionario del De-

partamento de Estado, menos famoso, pero identificado con los demócratas: el abogado William D. Rogers, copresidente de la Comisión Bilateral sobre el Futuro de las Relaciones México-Estados Unidos y antiguo subsecretario para Asuntos Interamericanos; demanda en un artículo del número de otoño de la revista *Foreign Policy*, lo mismo que Kissinger, es decir, una mayor cooperación con México. La base de esta demanda es el hecho de que con la elección de Salinas, México ha entrado de lleno en un proceso de cambio político que lo va a llevar del autoritarismo al pluralismo.

De una manera u otra, este consenso entre los círculos influyentes de Estados Unidos en torno de la necesidad de mantener un sistema que sigue siendo el mismo al que apenas hace un par de años se acusaba de corrupto y antidemocrático, se debe a la aparición de un nuevo actor en el panorama político mexicano: el cardenismo. Frente a la posibilidad objetiva de que mediante la movilización política y las urnas, un partido de centro-izquierda llegue al poder al sur del río Bravo, grupos que hasta hace poco diferían en su propuesta política hacia México, hoy se encuentran unificados en un no —que puede ser rotundo o moderado, pero que al fin al cabo es no— al cardenismo y a su promesa de nacionalismo y de reincorporación de las masas al proceso político.

★

En realidad, sólo hay un gran ausente en la coalición arcoiris de Estados Unidos en favor de Carlos Salinas: las agrupaciones de naturaleza popular, en particular esas de residentes mexicanos y de chicanos que desde Nueva York hasta Los Angeles mostraron moderada o abiertamente su repudio a los representantes del gobierno mexicano que vinieron a presidir la tradicional ceremonia del "Grito" el 15 de septiembre. Afortunadamente para quienes van a asumir la responsabilidad del poder en México el próximo diciembre, los simpatizantes del cardenismo en Estados Unidos tienen muchas cosas, menos dinero o influencias en las altas esferas del poder. Por eso les va a ser difícil e imposible traducir su entusiasmo en dólares contados, resonantes como si lo hicieran en Washington; pero si no es ese el caso, el problema entre el gobierno y los simpatizantes —unos más— al norte de su frontera.